

El otro domingo, fui a ver a mi hermana.

Mi hermana vive en Ville-d'Avray. Vive en una casa acogedora con Christian, su marido, y su hija: un jardín grande, con césped y vegetación, en un barrio residencial. En una de esas calles que se encaraman a las colinas cercanas al parque de Saint-Cloud. Como yo vivo en el centro de París, nos vemos poco y raras veces voy a visitarla. Luc dice: «Ir a ver a tu hermana es toda una expedición».

Pero no es verdad, no se trata solo de la distancia. Sé muy bien que hay un servicio regular de trenes a Ville-d'Avray. Lo cierto es que a Luc no le gusta Ville-d'Avray y que mi hermana le parece «aburrida»; sería más preciso decir que recela de ella. Su marido, Christian, es médico y trabaja en una clínica. Ella ejerció la docencia durante un tiempo, igual que yo, en centros

de secundaria, pero ya no trabaja. Algo hace en la clínica. De vez en cuando echa una mano a Christian con las tareas de secretaría, trata por teléfono algún que otro síntoma sin importancia, o manda a pacientes preocupados al hospital, pero trabajar, lo que se dice trabajar, no trabaja. Y, personalmente, me dice Luc, un diagnóstico de tu hermana no me inspiraría ninguna confianza. Siempre parece estar «en otra parte». «Tu hermana», dice Luc, «nunca ha tenido los pies en la tierra. Es cosa de familia».

En esos casos, en general, Luc y yo discutimos. Discutimos cada vez que hablamos de nuestras respectivas familias.

Aquel domingo, al salir de París, calculé cuántos meses hacía que mi hermana y yo no hablábamos. Luc participaba en un seminario, o fingía participar en un seminario. Tenía mis dudas al respecto. Más concretamente, llevaba un tiempo sospechando que mantenía una relación con una mujer de nuestro círculo de amigos, Fabienne, una universitaria. Estaba harta de París, del calor y la contaminación de la ciudad.

La nueva estación se adelantaba. Recuerdo que era un domingo de primeros de septiembre, uno de esos por los que discurre la frontera entre el otoño y el verano.

Algunas casas de los barrios que atravesaba estaban cerradas —prueba de que sus dueños no habían vuelto—, pero había flores en los jardines. Flores que florecían solas en aquellos jardines desocupados. Se percibía por todas partes, más que en París, esa suerte de desperezo lánguido y de inmovilidad tan propios de las plantas en otoño. Había menos rosas rojas que rosas claras; las rosas rojas, pese a tener un color más firme y un perfume más intenso, duraban menos. Era como si se agotaran.

Tal vez el color agote a las rosas.

Pasé por delante de una estación, ya no recuerdo cuál; la gente que salía de los vagones de un tren procedente de París se desperdigaba tras la reja que separaba el andén de la calle como personajes recortados contra el fondo del cielo. Parecía que dudaran, que no supieran adónde ir. El tren prosiguió su camino; reinaba la atmósfera típica de los domingos, ese grado de vacío, de liviana incertidumbre, de vaga aprensión (ligada a la incertidumbre) que caracteriza los domingos; yo me había puesto las gafas de sol, me decía que, a pesar del buen tiempo, a pesar de lo que quedaba aún de verano, una tarde de domingo es inconfundible.

Los domingos por la tarde, cuando mi hermana y yo éramos pequeñas y vivíamos en Bruselas, mamá solía

ponerse nerviosa. La noche caía antes que los otros días de la semana, sobre todo en invierno. Venía precedida de una niebla húmeda. Mamá nos llevaba al parque; nos obligaba a rodear el estanque para «tomar el aire». «Apretad el paso, y respirad por la nariz», decía, «si no, aspiraréis el aire húmedo, os dolerá la garganta, y yo no tengo ninguna intención de cuidaros». Nos subíamos al puente japonés y echábamos pan a los cisnes. Mamá nos vigilaba desde lejos cerrándose el cuello de pieles con las manos enguantadas. Por la avenida que bordeaba el parque, las farolas iban encendiéndose una por una; nos gustaban mucho aquellas luces en la oscuridad, amplificadas por la niebla húmeda; percibíamos en ellas una poesía aterida, pero, de regreso, caminábamos «como pisando huevos», con el corazón curiosamente encogido. Sabíamos cómo discurriría la velada. Todos los domingos era igual: nada más llegar a casa, mamá le reprocharía a papá, que se había quedado leyendo el periódico, el tedio y las tareas domésticas que el matrimonio había impuesto en su vida. Aquellos reproches se veían agravados por la vida en Bélgica; la vida en Bélgica agravó mucho, en nuestro hogar, la ansiedad de las tardes de domingo. Por ejemplo, los vecinos de arriba, belgas (los Kacenenbogen), se conformaban con un café con leche y unas tostadas con azúcar moreno para cenar. Mamá los utilizaba como

argumento: si, simple y llanamente, hubiéramos sido belgas, belgas de verdad, sin las complicaciones culinarias que caracterizan a los franceses, los domingos por la noche habríamos cenado tostadas con azúcar moreno igual que los Kacenenbogen, y ella no habría tenido que preocuparse. Se encerraba en la cocina dando un portazo; decía que los domingos eran insoportables y que había malogrado su vida.

Los vecinos de abajo, por su parte (los Van Huyst), nos habían llamado la atención por el ruido sobre el parque. Nos obligaban a llevar pantuflas con suela de fieltro en el piso. Algunas veces, fingíamos patinar por el entarimado del pasillo como si de un canal holandés se tratara. Repasábamos los poemas. Como los lunes eran día de recitado, siempre repasábamos los poemas la víspera. No he olvidado los que nos aprendíamos; parecían adaptados a los domingos, al tiempo gris, nublado. Estaban «Ya llega el viento, el viento salvaje de noviembre» y «Otoño», de Théophile Gautier.

*La lluvia en el jardín hace burbujas;
y tienen conciliábulos extraños
las golondrinas sobre los tejados.*

Recitarlos me procuraba un placer delicado, algo triste.

El piso estaba muy silencioso. Aquel silencio nos pesaba y pedíamos permiso para encender el televisor y ver a Thierry la Fronde. Por aquel entonces, estábamos enamoradas de Thierry la Fronde, como todas las niñas de nuestra generación —me siento tentada de precisar: como todas las niñas *normales* de nuestra generación—, pero a veces me pregunto si nuestra infancia, la mía y la de mi hermana, fue normal.

Nadie tiene una infancia verdaderamente normal, supongo.

A propósito de Thierry la Fronde, hace muchos años vi al actor Jean-Claude Drouot en el teatro, en un montaje de *Tío Vania*. Él interpretaba al tío Vania, pero no resultaba creíble. Llevaba el traje de lino blanco arrugado que obedece a la idea que se hacen los dramaturgos franceses de la manera en que vestían, en verano, en sus fincas plantadas de abedules, los terratenientes rusos. Drouot había envejecido, lo que me dejó muy sorprendida; a pesar de ello, no tenía en absoluto aspecto de terrateniente ruso. Seguía teniendo pinta de vagar en leotardos, con su honda y sus amigos, por los bosques de la televisión pública de nuestra época; era una sensación extraña, que me duró toda la obra, como si la tristeza de Chéjov hubiera sido sustituida de pronto por el recuerdo de nuestros domingos delante del televisor.

Estaba sentada en la tercera fila del patio de butacas y, durante la representación, me dirigía mentalmente al actor, le decía: No nos engañas.

(¿O era más bien: No consigues que olvidemos?)

Teníamos un corazón tierno y mucha imaginación.

Dos o tres años más tarde, el inquietante «señor» de Jane Eyre, el temible y tenebroso Rochester, sucedió a Thierry la Fronde. Él también se nos había aparecido una tarde en la pequeña pantalla, en una antigua adaptación hollywoodiense. Tanto nos impactó que todavía recuerdo su llegada a caballo, cabalgando entre la bruma, su silueta achaparrada, su capa de rey gótico, el pelo negro rizado que se apartaba de la frente pálida mientras preguntaba:

—¿*Le parezco guapo, Jane?*

La respuesta nos dejó pasmadas: «*No*», decía Jane con garbo.

Sin duda, era domingo (el domingo era día de televisión). La oscuridad vespertina saturaba el salón. Unos cuervos sobrevolaban en círculo las chimeneas de Thornfield; un ruido de cadenas resonaba por los pasillos. Teníamos las piernas temblorosas, los ojos desorbitados, la boca entreabierta cuando mamá abrió la puerta:

—Cerrad la boca y no os repantiguéis en el sofá. ¿Os habéis aprendido los poemas? Dentro de diez minutos os tomo la lección.

Fuimos a recitar «El viento salvaje de noviembre» y «La lluvia en el jardín hace burbujas».

Pero era demasiado tarde; el mal ya estaba hecho; fue un mal duradero. Thierry la Fronde quedó relegado al olvido de la infancia. De repente nos parecía soso y flacucho. Ahora soñábamos con tener miedo; soñábamos con un hombre tenebroso de la edad de nuestro padre, con la nariz grande, el rostro de Orson Welles (que encarnaba el papel) y el aire de un rey mestizo.

Una escena que nos gustaba especialmente: la de la boda fallida de Jane. Dicha escena inspiró a mi hermana el guion de un juego que narro aquí para dar una idea de cómo fue nuestra infancia (y que, como es natural, le oculto a Luc): consistía en enrollarse en uno de los visillos transparentes que decoraban la ventana de nuestro dormitorio. La ventana quedaba justo encima del radiador. Daba al patio del edificio, donde no había absolutamente nada que ver: cocheras, y tejados de edificios con antenas de televisión clavadas. Nadie podía adivinar lo que hacíamos. O, para ser más precisa, desde fuera cabía suponer que estábamos haciendo tonterías. Creernos sumidas en el oscuro y culpable tedio de los niños, el tedio de las tardes de domingo.

Nada más lejos: el corazón nos latía desbocado por-

que acabábamos de ponernos nuestros «velos de novia». Inmóviles y veladas, con la nariz contra el tergal de los visillos, que olía (lo recuerdo) a polvo y a tejido nuevo, las rodillas calientes por el radiador, canturreando (por introducir un poco de variedad), nos erguíamos como «frente al altar», *novias*, de la mano de un hombre tenebroso, de piel «aceitunada», de cierta edad.

¿Conoce alguien alguna razón por la que esta pareja no pueda contraer matrimonio?, preguntaba el pastor.

Una voz exclamaba, al fondo de la iglesia:

—¡Deténganse! Esta boda no puede celebrarse. El señor Rochester ya está casado.

—Continúe —pedía Rochester al pastor.

Y nos llevaba al castillo, estrechándonos con su «puño de hierro». Abría el dormitorio desconocido, guardado por una tal Grace Poole, y nos revelaba su secreto: una mujer encerrada, una infame gorgona rubicunda y desgreñada que profería relinchos animalescos, nuestra rival:

—*Esa es mi esposa* —decía él—; *ese es el único abrazo conyugal que conozco... Y esto es lo que deseaba tener* —volviéndose hacia nosotras—, *esta muchacha, tan grave y tan callada ante la boca del infierno.*

Eso era lo que hacíamos mi hermana y yo bajo las

cortinas los domingos por la tarde. Nos situábamos, graves y puras, ante la boca del infierno.

—¿Qué hacéis a oscuras? ¿Qué andáis tramando, siempre metidas detrás de las cortinas? Estas niñas están desquiciadas —gritaba mamá cuando abría la puerta—. ¿Cuándo vais a hacer los deberes? Como no estudiéis, acabaréis de cajeras. De cajeras en el Prisunic. El que avisa no es traidor.

De aquella época datan la afición y el hábito de mi hermana de pasar largos ratos sin hacer nada, junto a la ventana.

Su capacidad para el silencio era tal que algunas veces preocupaba a mamá:

—¿Qué hace Claire Marie? —preguntaba—. No se la oye. Ve a ver qué anda tramando. No pensará quedarse todo el día en la ventana.

Yo sabía muy bien lo que hacía Claire Marie, cuando pegaba la nariz a los cristales: corría por el páramo, arrojaba baldes de agua al lecho en llamas de Rochester, paseaba con él por el huerto en el crepúsculo,

(«*Jane, ¿oye al ruiseñor?*»),

se hallaba en plena noche en una de las alcobas de Thornfield, enjugando la sangre de un desconocido, operación que, por lo demás, nos fascinaba. Cuando

nos pedían que limpiáramos la mesa (tarea que debíamos llevar a cabo por turnos después de cada comida), observábamos cómo la esponja se empapaba de agua; teníamos la perturbadora intuición de lo que podía significar «enjuagar sangre». La sangre de un desconocido.

Yo preguntaba por mera formalidad:

—¿Qué haces? —le decía a mi hermana (intérprete de las fuerzas del orden).

—Nada —respondía mi hermana.

—Nada —repetía yo a las fuerzas externas.

—¿No tiene deberes? ¿No tiene ejercicios de mates? ¿Cómo pretende avanzar? ¡Esta niña acabará de cagera! ¡No será porque no se lo haya advertido!

Recuerdo un periodo completamente sonámbulo, un discurso amoroso continuo: caminábamos, dormíamos, peinábamos a nuestras muñecas y a la vez conversábamos con Rochester. Creíamos oír su llamada en mitad de la noche:

—*¿Es usted? ¿Dónde está, señor?*

Habíamos pedido el libro y lo leíamos, por las noches, en la cama, con la luz apagada, adornábamos el guion, inventábamos episodios que nos arrebataban y nos metían el miedo en el cuerpo.

(¡Estas niñas van a acabar miopes perdidas!)

Creo que mi hermana permaneció más tiempo bajo el influjo de aquel amor literario, mientras que yo, más joven pero de talante significativamente más pragmático, el primer año que di latín me prendé del profesor, el señor Jumeau (Bernard Jumeau). Mis notas se encaramaron a la cima. Me sabía las declinaciones de memoria. Estudiaba para deslumbrarlo. A tal punto que, tras la predicción de un porvenir como cajera, fui redirigida hacia un futuro como latinista o archivera paleógrafa, que había sido la vocación primera del señor Jumeau y su mayor sueño; nos lo contó durante una reunión en la sala de profesores. Yo estaba de pie flanqueada por mis padres, sonrojada y modesta. Tenía doce años. El señor Jumeau sugirió para mí ese mismo futuro, algo que yo interpreté como la confesión de un amor recíproco y la oficialización discreta de nuestro noviazgo.

—Muy simpático, tu profesor de latín —comentó mamá cuando volvíamos de la reunión—, y bastante guapo.

